



Teatro

Primera mención (Concurso XXII, 1989)

SEÑORA, ESTE ASIENTO ESTÁ OCUPADO
(Comedia absurda en un acto)

Ignacio Fernando Padilla Suárez

a M. A. M.

PERSONAJES

EUSEBIO

JOSEFINA: su esposa.

FEDERICO: su cuñado.

EL VAGABUNDO

EL DELEGADO

LA VOZ (del Director)

ROBERTO: tramoyista.

ACCIÓN

Época actual. Cualquier lugar del D. F.

Obertura musical sobre un tema sonoro clásico y grandilocuente. Poco antes de levantarse el telón, se deja oír el grito del Director que, enfurecido, dice al ingeniero de sonido que no sea imbécil, que se ha equivocado

de tema. Se detiene la obertura. Se escucha cómo el ingeniero busca el tema en el cassette, pasando por diversas melodías, hasta que finalmente localiza una de flauta y casi infantil. Se levanta el telón. La escena está completamente a oscuras. Cuando aparezcan los actores, vestidos de blanco y colores claros, se hará uso de reflectores individuales. Los objetos que se emplean a lo largo de la obra son también de color blanco. De repente, se escucha una voz potente que recuerda los narradores de telenovela.

VOZ: Y entonces dijo Dios: que haya Luz, y la Luz se hizo. (*Todo permanece oscuro. La voz se incomoda.*) Ajem . . . Y-la-Luz-se-hizo . . .

Entra Roberto con una escalera de aluminio y enciende un foco que cuelga sobre el escenario. Sale olvidando la escalera. Entra Eusebio, maleta en mano, vestido con su pijama pero todavía con lentes y corbata de mal gusto. Viene silbando la melodía y se detiene a medio foro, abre la maleta y arma una silla. Termina, cierra la maleta y hace ademán de partir. Se escucha un cucú dando las seis.

EUSEBIO: ¡Vaya! Sin embargo se mueve. ¿Eh? (*Se encoge de hombros y en ese momento sale Josefina, de tubos y bata, muy complaciente y con voz meliflua hasta lo molesto.*)

JOSEFINA: Buenos días, vidita. ¿No te decía yo que el cucú que nos vendió mi hermano iba a funcionar muy bien? Ahí lo tienes: canturreando las ocho en punto.

EUSEBIO: Josefina, son las seis de la mañana y, por ende, el maravilloso cucú de tu hermano lleva dos horas de retraso. (*Deja la maleta. Molesto.*)

JOSEFINA: Entonces no podrás negarme que va siendo hora de que compremos un despertador. Precisamente mi hermano Federico está vendiendo uno de esos que fabrican los chinos . . .

EUSEBIO: En primer lugar, te he dicho mil veces que los enanitos de las computadoras no son chinos, sino japoneses. En segundo lugar, sabes que odio los relojes, y muy en especial los despertadores. Así es que ni creas que voy a comprarle uno al ladrón de tu hermano.

JOSEFINA: ¡Eusebio! No le digas así a tu cuñado.

EUSEBIO: Entonces cómo: ¿"El Maravilloso Empresario"? ¿El único hombre que ha sido capaz de venderle la Basílica de Guadalupe a su propia madre?

JOSEFINA: Bueno, eso sí estuvo un poquito mal . . .

EUSEBIO: ¿Un poquito mal? Seguramente le vendió su alma al diablo y el muy cabrón le está cobrando intereses.

JOSEFINA: Lo que pasa es que estás celoso.

EUSEBIO: ¿Celoso? ¿Por qué?

JOSEFINA: Porque él es el único que ha tenido éxito en la familia.

EUSEBIO: Bueno (*Toma la maleta.*) Da igual. Haz lo que quieras. A mi no me interesa ya.

Se escucha Música de radionovela.

JOSEFINA: ¿A dónde vas con esa maleta, Eusebio?

EUSEBIO: Me voy de la casa.

JOSEFINA: Pero... ¿por qué, cielito?

EUSEBIO: No-me-llames-cielito. Tú bien sabes por qué me voy. Precisamente por el maravilloso de tu hermanito.

JOSEFINA: Pero si hace semanas que Federico no se aparece por aquí.

EUSEBIO: Por eso mismo. Parece que le ha dado nuestro teléfono a todo mundo para anunciar sus porquerías. Me he pasado la noche contestando (*Suena el teléfono. Va a contestar tras bambalinas.*) ¿Sí...? ¿Un qué...? ¡Ah, claro! Me da mucha pena, señorita, pero las existencias de despertadores japoneses se han terminado... No, no señorita, no se altere. Tenemos otras cosas, por ejemplo, un disco donde viene grabado el Sermón de la montaña en versión original. ¿Sabe usted arameo? ¡Qué lástima! Entonces qué le parece mejor las Mañanitas cantadas en vivo y en directo por el Rey David... No, señorita, no le estoy tomando el pelo. De ninguna manera. ¿No preferiría el cuerpo disecado del imbécil de mi cuñado? Tiene garantía de cien años. Señorita... ¿señorita? (*Regresa.*) Colgó. Ni siquiera tiene sentido de humor. ¿Ya lo ves? Mejor me largo para que Federico esté a sus anchas en esta casa.

JOSEFINA: (*Vuelve la música de telenovela.*) ¿Pero es en serio? ¿Me abandonas?

EUSEBIO: Sí, Josefina. Me voy a casa de mi madre.

JOSEFINA: Pero ¿qué voy a hacer sin ti?

EUSEBIO: Ya aprenderás.

JOSEFINA: ¡Eusebio! ¡No me abandones, por favor!

EUSEBIO: Adiós, Josefina. (*Sale. Josefina llora y Eusebio sale a escena por el otro lado, donde hay un radio antiguo que él escucha.*)

VOZ: Ella sabía que su marido no volvería jamás. Habían llegado al extremo de la soledad y la desesperanza. Se trataba de una deuda de honor que ni siquiera Dios podría perdonarles...

Eusebio cambia la estación de radio. Los papeles habrán de cambiarse y Josefina tendrá el dominio de la situación.

JOSEFINA: (*Cambia. Fúrica.*) ¿Por qué le cambias al radio? ¿No ves que estoy escuchando mi radionovela?

EUSEBIO: (*Tímidamente.*) Es que... quería escuchar el noticiero.

JOSEFINA: Pues el señor se va a esperar a que yo termine de escuchar lo que pasa con esa pobre mujer. Su marido la acaba de abandonar ¿No oíste? El muy canalla. Ya quisiera verte yo intentarlo. ¡Ja!

EUSEBIO: Pero cielito . . .

JOSEFINA: No-me-llames-cielito. Además apúrate que se te ha hecho tarde para el trabajo, y ni creas que con tanta manifestación en Insurgentes vas a tomar peseros. *(Sale.)*

EUSEBIO: *(Tomando aliento.)* Mujer, hoy no voy a la oficina.

JOSEFINA: *(Tras bambalinas.)* No digas tonterías. ¿Después de lo que pasó anoche todavía tienes cara para estar de flojo?

EUSEBIO: ¿Anoche? ¿Qué pasó anoche?

JOSEFINA: ¡Claro! Estabas tan borracho que no te acuerdas. *(Entra a escena con un oso de peluche en la mano y comienza a subir la escalera.)*

EUSEBIO: *(Alarmado.)* ¿Qué haces con mi oso?

JOSEFINA: El señor puede llegar a las cinco de la mañana, pero no puede vivir sin su muñeco. ¡Pobrecito!

EUSEBIO: Es que . . . me apañó la policía. Ya te lo he dicho.

JOSEFINA: Pues buenos policías serán cuando manchan tu camisa de lápiz labial.

EUSEBIO: ¡Dame acá ese oso o no respondo!

JOSEFINA: *(Al osito.)* Osito, osito. ¿Sabes quién se tomó tu sopa? ¿Sabes quién se sentó en tu silla? Fue Ricitos de Oro, pero ella es ahora mujer policía ¿Por qué no sales a buscarla allá afuera? *(Arroja el muñeco por una ventana imaginaria.)*

Eusebio grita y sube alarmado a asomarse. Ella baja la escalera y sale con una carcajada.)

EUSEBIO: *(Asomándose.)* ¿Pero qué has hecho? ¡Mi osito! Lo van a atropellar en la calle. *(Se escucha un derrapón de automóvil.)* ¡Ahhh! *(Desciende la escalera y se pone unos lentes oscuros. Parece que llora. A la silla.)* Y tú, pinche silla, ¿qué me ves? ¿Te parece gracioso lo que la vieja bruja hizo con mi osito? Pues a mí no. Hoy no voy a ir a la oficina. Por más que insistas no te voy a llevar. Estoy de luto y no pienso hacer antesalas, ni llenar formularios, ni nada. Voy a hacer una fogata. Sí, una fogata enorme contigo para arrojar a Josefina, a los Fernández, a su hermano Federico y a todos. *(Comienza a buscar.)* ¿Dónde habré dejado los cerillos?

Se escucha de nuevo la Voz, impaciente.

VOZ: Vagabundo . . . ¡Vagabundo! ¿Dónde carajos se ha metido? Le toca salir a escena.



El Vagabundo, vestido de gris, aparece cojeando, con un costal en la mano.

VAGABUNDO: Ya voy. Ya voy. Me tiene caminando por horas como su pen-dejo y ahora quiere que llegue así como así. No hay derecho, señor director. *(Ve la silla, se sienta y se saca las botas con dificultad. Se airea los pies y comienza a limarse los callos. Eusebio lo mira.)*

EUSEBIO: *(Molesto.)* Disculpe, señor. . . .

VAGABUNDO: *(Sin mirarlo.)* ¿Mhhh. . . ?

EUSEBIO: Me permito informarle que está usted sentado en Mi silla.

VAGABUNDO: *(Lo barre.)* ¿Estaba usted sentado?

EUSEBIO: Nno. . . .

VAGABUNDO: ¿Pensaba sentarse en este preciso instante?

EUSEBIO: No, en este preciso momento no, pero. . . .

VAGABUNDO: Pues yo sí. Así es que esta silla es mía mientras me haga falta. No se preocupe. No me voy a tardar. Nomás me limo los callos y me voy.

EUSEBIO: Pues vaya a limárselos en otra silla.

VAGABUNDO: ¿No sabe usted que hay escasez de sillas? Nosotros los vagabundos no podemos dejar pasar la oportunidad de usarlas cuando nos encontramos una. Además. . . .

EUSEBIO: Además yo tengo que ir a la oficina y debo llevarme Mi silla.

VAGABUNDO: Le digo que no es SU silla. Es para quien la use. ¿Tiene reloj?

EUSEBIO: No. Odio los relojes.

VAGABUNDO: Tanto mejor, caballero. Yo tampoco uso reloj, así es que lo mejor será no preocuparnos por el tiempo: imagínese que es domingo y así no tendrá que ir a la oficina. Yo puedo entonces limarme los callos con toda calma. No me voy a tardar. Usted siga en lo que estaba. Prometo no interrumpirlo.

Eusebio trata de distraerse, sin recordar lo que estaba haciendo. El Vagabundo se pone de pie y, recogiendo su costal, va a irse.

EUSEBIO: Estee. . . . ¿qué lleva usted allí?

VAGABUNDO: Nada. Cosas que me encuentro en la calle.

EUSEBIO: *(Tomando el costal.)* ¿Me permite? *(Hurta.)*

VAGABUNDO: No encontrará nada. Es sólo un cadáver.

EUSEBIO: *(Sorprendido.)* ¡Pero si es mi oso!

VAGABUNDO: *(Le quita el costal.)* ¿Ya va a empezar otra vez? ERA un oso. Anoche se arrojó por una ventana y, por si eso fuera poco, yo mismo vi cómo lo arrollaba un coche: wheeee. . . y, luego, nada: sólo el cadáver de un oso suicida.

EUSEBIO: Pero si no es ningún cadáver. Es un oso de peluche. . . . Mi oso. Josefina lo arrojó anoche por la ventana.

VAGABUNDO: Mire, no insista. Este oso muerto lo encontré yo en la calle con todos mis derechos de vagabundo. Así es que permítame, tengo prisa. Si tiene algo que aclarar, pregúntele al Director.

EUSEBIO: Pero si no está muerto.

VAGABUNDO: ¿Había visto usted un oso de peluche muerto?

EUSEBIO: No.

VAGABUNDO: ¿Entonces cómo sabe que éste no lo está?

EUSEBIO: Pero, para qué quiere el cadáver de un oso. No le sirve para nada.

VAGABUNDO: Voy a enterrarlo.

EUSEBIO: ¿Qué?

VAGABUNDO: Nosotros siempre tenemos que hacernos cargo de lo que nadie quiere hacer. Necesito apurarme antes de que empiece a podrirse.

EUSEBIO: ¡Pero qué terco es usted! Cuando se ha visto que un bicho de estos se eche a perder?

VAGABUNDO: Pues yo no voy a ser el primer irresponsable que se siente a ver cómo esta cosa se llena de gusanos.

EUSEBIO: Pues, al paso que va, esta cosa se le va a echar a perder antes de lo que usted se imagina.

VAGABUNDO: Si me sigue distrayendo, claro que sí. Nunca lo voy a enterrar. Primero tengo que encontrar una pala, luego una silla para descansar y luego un lugar para enterrarlo. Así es que ya déjeme en paz.

Durante la discusión ha entrado Federico que observa la silla con complacencia.

FEDERICO: Quiubo, cuñado ¿No ha visto a mi hermana por aquí?

EUSEBIO: No, no la he visto. Estoy muy ocupado. Así es que vete a vender tus porquerías a otro lado.

FEDERICO: Hablando de eso, precisamente, mire lo que me he encontrado. Con un poco de suerte y me encuentro a alguien que me compre esta cosa.

EUSEBIO: *(Al Vagabundo.)* ¿Ya ve lo que ocasiona? Lo único que me faltaba era que mi cuñado echara mano de mi silla.

VAGABUNDO: Pues por mí él puede usarla; pero venderla es otra cosa ¿no?

EUSEBIO: Óyeme, Federico. Esta silla es mía y no te voy a permitir que la vendas.

VAGABUNDO: Óyeme, Federico. Esta silla es de todos y no te vamos a permitir que la vendas.

Josefina entra y sube a la escalera asomándose por la ventana imaginaria

JOSEFINA: Eusebio, vidita mía. ¿Ya viste lo que están vendiendo allá afuera?

EUSEBIO: (*Recargado en la silla, presagiando lo que va a pasar.*) Sí, mi amor. Lo estoy viendo.

JOSEFINA: ¡Qué cosa más divina! Es un ofertón. Podríamos pagarla en abonos y dar el enganche con lo que tenemos en el banco.

EUSEBIO: No, no y no. Ese dinero es para pagar el coche que siempre he querido comprar.

JOSEFINA: No seas egoísta, Eusebio. No podemos dejar pasar la oferta. Esa cosa se vería preciosa en el cuarto de Carlitos, o en la sala.

EUSEBIO: Esa cosa es una silla (*A Federico.*) Más bien ERA una silla antes de que esta otra cosa la convirtiera en uno de sus artículos de consumo.

JOSEFINA: Eusebio. . .

EUSEBIO: Pero si es sólo una silla. Tenemos muchas en la casa.

JOSEFINA: Pero ésta es diferente. Es una silla-pop. Claro, nosotros no podemos tenerla. Todo mundo tiene una silla-pop en su casa. Incluso los Fernández.

EUSEBIO: No me hables en este momento de los Fernández.

JOSEFINA: Pues ellos sí son gente chick. Ellos sí tienen una. Nosotros no podemos porque somos pobres. Bien me lo decía mi madre, que no me casara contigo. Eres un egoísta, un fracasado, un mediocre. . . (*Baja y sale sollozando.*)

FEDERICO: ¿Lo ves? La gente es capaz de desear las cosas más insólitas, sobre todo si cuestan, si las tiene el vecino o si no sirven para nada.

EUSEBIO: Sí, ya veo. Guárdate tus lecciones de mercadotecnia para otra obra. Ahora cómo voy a regresar a la casa.

FEDERICO: Muy fácil, cómprame la silla.

EUSEBIO: No tengo dinero. Además, ella tiró a mi osito por la ventana y hoy me van a correr del trabajo.

VAGABUNDO: A propósito de ositos, yo me voy a ver si encuentro una pala. (*sale.*)

EUSEBIO: (*A Federico.*) Está un poco loco, ¿sabes?

Se escuchan sirenas. Federico se pone nervioso.

FEDERICO: ¡Ah! , La chota! Ora sí. . . Me voy, cuñado. Allí le encargo la silla. No me la vaya a volar ¿eh? . . . (*Huye.*)

Entran el Delegado y su Secretaria

DELEGADO: ¿Qué número de silla es ésta, señorita Cifuentes?

SECRETARIA: La 4556, señor delegado.

DELEGADO: Pues no es nada fuera de lo común ¿verdad?

EUSEBIO: No, pero es mía. Ya no permitiré que nadie me la quite.

- DELEGADO: (*Como si Eusebio no existiera.*) En fin. Da igual. Haga un formulario y luego lo archiva por triplicado. No se tarde más de un mes, señorita. Recuerde que todavía nos faltan otras diez mil sillas que encontrar.
- SECRETARIA: (*Anotando.*) Sí, señor Delegado.
- DELEGADO: ¿Ha traído el letrero?
- SECRETARIA: Está en el coche. Voy por él. (*Sale.*)
- EUSEBIO: ¿De qué letrero habla? Yo no sé qué está ocurriendo el día de hoy pero están yendo demasiado lejos.
- SECRETARIA: (*Entra con un letrero de Prohibido sentarse que coloca junto a la silla.*) Aquí está, señor.
- DELEGADO: (*Fastidiado.*) Bien, señorita. Tanto trabajo me ha agotado. Si habla el señor Diputado le dice que estoy en el sauna. Le habla a mi esposa para decirle que estoy en un viaje de negocios y luego le manda decir a Irma que el chofer pasará hoy por ella para irnos a Acapulco, además. . . (*sale.*)
- EUSEBIO: (*Aborda a la secretaria antes de que salga.*) Señorita. . .
- SECRETARIA: (*Fastidiada.*) ¿Síiii. . . ?
- EUSEBIO: ¿Podría explicarme todo esto?
- SECRETARIA: (*Extendiéndole un papel.*) Órdenes de la Delegación. Hemos decidido nacionalizar todas las sillas para el uso del pueblo.
- EUSEBIO: ¡Qué bien! ¡Al fin podré sentarme en mi silla!
- SECRETARIA: (*Lo detiene.*) No tan rápido, señor.
- EUSEBIO: Pero ¿cómo? ¿No dijo usted que habían nacionalizado las sillas para el uso del pueblo? Pues bien: yo soy tan pueblo como el pueblo, es más, soy más pueblo que el pueblo y tengo derechos naturales sobre esta silla.
- SECRETARIA: Claro, claro. (*Se sienta en la silla.*) Pero antes debe de llenar estos formularios. Ya sabe: datos personales, enfermedades padecidas, colecciones, trofeos, impuestos extra, un regalo para el delegado, otro para su secretaria, vacuna contra el cólera, la fiebre amarilla. . .
- EUSEBIO: ¡Eso es demasiado!
- SECRETARIA: (*Se pone de pie enojada.*) Pues si le parece demasiado no las llene y se acabó. (*sale.*)
- EUSEBIO: (*Comienza a llenar los formularios y se desespera. Su conversación con el Director la hace dirigiéndose a la cabina de luces y sonido, con la voz escuchándose en el teatro.*) Oiga, señor Director. Esto es demasiado. Cuando me hicieron para esta obra no me dijeron que yo no iba a poder sentarme en mi silla. Exijo hablar con el autor para que me explique quiénes con todos estos saltimbanquis que aparecen para hacerme la vida imposible.
- VOZ: ¿Pues qué esperaba? ¿Un fulano vendiendo limonada a medio Macbeth, dos imbéciles que esperan a Godot y todas esas jaladas. Esto es una crítica, señor Agundis, una crí-ti-ca. Usted sabe: la propiedad privada, la relatividad y todas esas cosas.
- EUSEBIO: Pues eso será para el público, o para el idiota de mi cuñado. A mí lo que me interesa es sentarme en mi silla y que nadie entierre a mi osito.
- VOZ: Pues ni modo. Usted es sólo un personaje y, aunque Pirandello diga lo

contrario, no puede quejarse de nada. Lo del Delegado no estaba en esta obra, pero no puede convencerlo de que no nos nacionalizara esta silla. El teatro no goza de ningún privilegio político, así es que póngase a llenar los formularios para que podamos continuar. ¿Dónde está su esposa? Ya debería estar en escena.

EUSEBIO: No sé. Ha de haberse ido al mercado.

VOZ: ¿Al mercado? ¿A media presentación? ¿Qué se ha creído, que vamos a esperarla hasta que se le antoje venir? Roberto. . . Roberto. . .

Entra Roberto.

ROBERTO: ¿Sí señor?

VOZ: ¿Dónde están todos, Roberto? No me diga que se han ido.

ROBERTO: Al contrario, señor Director. El señor Federico se encontró la puerta de salida y la ha vendido a unos turistas gringos. Todo mundo está vuelto loco porque no podemos salir de aquí. El Vagabundo se ha ido al sótano en busca de una pala. La señora Josefina lleva horas peleándose con el Delegado y a la señorita Cifuentes le ha dado un ataque de claustrofobia.

EUSEBIO: (*A la Voz.*) ¿Lo ve, señor Director? Esta obra es un desastre.

VOZ: Usted cállese y siga llenando sus formularios. Esto es un circo. Roberto, traiga una puerta de utilería para que todos se salgan por allí. Dígale al público que mantenga la calma y. . . (*Se va la luz.*) ¿Y ahora qué demonios está pasando?

A oscuras

ROBERTO: Pues, si no me equivoco, se fue la luz. Voy a cambiar el fusible.

JOSEFINA: (*Entra.*) Eusebio. . . , ¿dónde estás? No veo nada. Allá afuera hay un señor muy grosero que dice que es político pero no me quiere explicar cómo le hizo para meterse a nuestro apartamento. ¿Eusebio. . . ?

EUSEBIO: No molestes, Josefina. ¿No ves que estamos en problemas?

VAGABUNDO: (*Entra.*) Ya encontré la pala, güero. Allá abajo hay de todo. Hasta un fusible nuevecito me encontré.

JOSEFINA: Eusebio, huele a podrido.

VAGABUNDO: ¡Ah! Es el oso.

VOZ: ¿Qué oso ni qué cuernos? Mantengamos la calma, por favor.

JOSEFINA: Vidita, huele a podrido.

EUSEBIO: No-me-llames-vidita.

VAGABUNDO: No se preocupe señora, ahora mismo lo enterramos.

Vuelve la luz.

VAGABUNDO: *(Tratando de clavar la pala.)* Oiga, güero, esto está muy duro.

EUSEBIO: Pues claro que está muy duro. No ve que estamos en un teatro. ¿Cómo quiere enterrar al estúpido oso en un teatro?

VAGABUNDO: *(Viendo al público con sorpresa.)* Sí es cierto ¿verdad? Entonces voy a buscar un taladro o un serrucho. Ya vuelvo. *(sale.)*

ROBERTO: *(Entra con la puerta de utilería.)* Aquí está la puerta.

VOZ: Bueno, todos los que quieran salir, que se larguen. Estoy harto de todo. Tienen el día libre, incluso la silla y el oso.

Josefina, Roberto, el Delegado, la Secretaria, Federico salen por la puerta. La Secretaria regresa y se lleva el letrero. Eusebio la detiene.

EUSEBIO: Señorita ¿qué pasa ahora?

SECRETARIA: Cambiamos de sexenio. Nuevas órdenes. *(sale.)*

Eusebio la ve salir y se queda solo con la silla. Receloso, se sienta esperando a que alguien se lo impida. Se asoma por la puerta de utilería y la cierra con llave. Se sienta de nuevo. Al principio está feliz y luego visiblemente incómodo. Saca al osito del costal y habla con él.

EUSEBIO: ¿Y tú? ¿Podrías explicarme todo esto? Llevo siglos tratando de sentarme en mi silla, y, ahora que lo logro, no encuentro ninguna satisfacción. Es más. Esta silla es incómoda: tiene clavos en el respaldo y es muy chaparra. *(Se pone de pie y deja al osito sentado en la silla. Se escucha la misma pieza clásica del principio. Se queda mirando a la cabina y abre la puerta. Antes de salir, grita.)* Oiga, señor Director.

VOZ: ¿Sí? ¿Qué pasa ahora?

EUSEBIO: ¿Qué le parece si comenzamos todo desde el principio? Eso es muy común en las obras de teatro. Empiece por decirle al idiota del sonido que ponga la música que debe ser.

Se repite el mismo juego de búsqueda de música que había al principio. Eusebio sale.